

Olivia escuchó un leve murmullo cerca del oído. Sonrió y se movió lenta y perezosa en un alarde de coquetería. Le había gustado el orgasmo y necesitaba más. Había sentido el deleite del placer en poco rato y deseaba repetir. Las manos de su amante conocían los senderos de una mujer.

Sintió que el susurro se hacía más intenso. Abrió los ojos. No era la boca de su amante regalándole más placer, sino una llamada entrante del teléfono móvil. Lo había silenciado en modo vibrador, pero no recordaba en qué momento.

Miró alrededor para intentar situarse, estaba oscuro, ese techo no le sonaba. Una mano somnolienta se deslizó encima de su pierna buscando cercanía y entonces miró al tío que yacía junto a ella y que intentaba atraerla hacia sí, provocado seguramente por un sueño. No era González. Se había acostado con el niño que vendía coca a los pijos de Pachá y a los estudiantes.

Cerró los ojos maldiciéndose por ser tan débil. El chico estaba bueno, era uno de esos jóvenes con músculos trabajados pero tirilla, con aires de chulo pero dulce y embaucador. Había hablado con él varias veces. Era simpático y largaba bastante. Lo consideraba su *confite*. Ahora intentaba recordar cómo había llegado hasta su cama. Siempre lograba mantenerse fría con lo que consideraba trabajo. O no. Recordaba a González, un despiste en su propósito. Estaba claro que había rebajado unos metros sus defensas.

Cogió el teléfono móvil y contestó en voz baja para no despertar a su soplón. No sabía su nombre, solo sus apellidos, había repasado su ficha policial en varias ocasiones.

—¿Qué pasa? —contestó contrariada. Un relámpago cruzó su sien de lado a lado. Sentía un fuerte dolor de cabeza. La mesa, que seguía tal como la habían dejado hacía un rato, mostraba en directo la juerga pasada. A la botella de vodka le quedaban dos dedos y el cenicero rebosaba de colillas apuradas hasta el final.

—Cagando leches para aquí, compi, a un tío le han cortado la polla.

—Venga, Oliveros, vete a tomar el pelo a tu madre. Hoy no curro, es sábado.

—Joder, Olivia, que va en serio. Vente para aquí, hay un tío muerto en el hostel Bugarville. Ha dicho el jefe que muevas el culo ya.

—Es sábado, joder. ¿No habrás discutido con tu ex?

—Va en serio —contestó su compañero con el tono más irritado.

—¿Dónde queda ese hostel de mierda? —preguntó, percatándose por fin de que no era una argucia para acaparar su atención y soltar sus penas como si fuera un clínex.

—Calle Montera 15. Date prisa.

Olivia reconoció la voz profesional de Oliveros, su compañero desde hacía unos años. Era un policía sin muchos escrúpulos, un poco pasado de vueltas, pero cuando trabajaba lo hacía con seriedad, aunque no fuese de su agrado reconocerlo. Al menos estaba cargado de experiencia, esa que se conseguía a base de cagarla varias veces, y llevaba treinta años de servicio. Conocía su profesión, y en cierto modo le había enseñado algunas cosas, un poco a su manera.

Colgó con desolación. Todavía le duraba el cuelgue y, por lo visto, aún no había amanecido. Se levantó con sigilo para seguir a lo suyo, sin la compañía de su improvisado amante. No deseaba un adiós ni un hola, ni un atisbo de romanticismo, necesitaba olvidar ese polvo. Se vistió en la penumbra de la habitación mirando todo el desastre. Olía a alcohol y tabaco, y la ropa se encontraba desperdigada

por el suelo debido al calentón repentino. Por lo visto había sido intenso. Su memoria le enviaba de vez en cuando *flashes* de la noche. Había quedado con él para hablar de la desaparición de una chica estudiante. Sabía que él se la estaba tirando por unas dosis de coca y ella se había enamorado. No le extrañaba, era un buen amante y un dandi, aunque un poco pirado. Lo miró sin disimulo. Dormía a pierna suelta encima del colchón con una sonrisa placentera en el rostro. Su cuerpo dibujaba un mapa de tatuajes que remarcaban sus músculos bien definidos pero lo justo. Parecían hablar de una trayectoria de vida nada angelical. Olivia se puso la camiseta y retiró la vista. No había estado mal, pero debía mantenerse a raya si no quería tener problemas. Era trabajo, nada más.

Bajó y agradeció enormemente un suave vaivén de aire que la despejó. Necesitaba un café en condiciones, pero a esas horas solo había abiertos bares de perdición. Madrid de noche era otra ciudad. Solo deambulaban por sus calles estudiantes con ganas de juerga, prostitutas, chulos y traficantes. Y, por supuesto, policías.

Vislumbró la luz de la tienda 24 horas abierto. La persiana estaba arriba. Entró y se sintió como en un oasis en medio del desierto. La chica sudamericana que limpiaba el suelo sin mucho esmero le dedicó una sonrisa con acento pegajoso. Sacó un café de la máquina y se encendió un cigarro en la puerta. Necesitaba dormir, pero un maldito tío sin polla se lo impedía. ¿A quién se le ocurría liarla un viernes por la noche? El fin de semana estaba para divertirse y como mucho para desconectar. Pero no. La gente cada día estaba más loca, se colocaban con drogas y alcohol y luego la cosa terminaba mal. Y, claro, ahí estaba la poli para resolver sus turbios asuntos.

Se dirigió al metro sin prisa, con el cigarro y el café ocupando sus manos. Debía ofrecer primero a su cerebro unas dosis de endorfina para mantenerlo engañado, sabía que iba a ser un día infernal de resaca y acudiría a esos placeres mundanos para hacer la jornada más llevadera.

Subió al tren y el olor a subterráneo y metal le provocó una arcada. Intentó ahuyentar el hedor, pero en el vagón olía a algo peor, alguien se había meado en un rincón y había dejado su impronta amarilla sin arrepentimiento. A ello se sumaban los olores corporales de los que hacía ya demasiadas horas que habían pasado por la ducha. Se estudió tímidamente. Ella aportaba un ligero olor a tabaco y alcohol.

Retiró la vista de la mancha fosforita y observó a los viajeros. Había gente joven que regresaba a casa después de la fiesta, con ojos rojos y aliento alcohólico, diciendo tonterías y molestando al resto de pasajeros con miradas jocosas o palabras altisonantes. Sus risas eran molestas, tanto o más que una detonación de una pistola sin cascos.

Olivia fijó su atención en una mujer de mediana edad, de origen sudamericano, sin poder especificar el país de procedencia, de estatura pequeña y cuerpo cuadrado. Sus ojos rasgados color negro observaban la escena de los jóvenes burlones, asustados, parapetados tras unas cejas espesas y una timidez manifiesta. Intentaba pasar desapercibida para no elevar sospechas sobre su vulnerabilidad. Seguramente iría a trabajar, en un país ajeno al suyo que cada día se volvía más loco, por un sueldo penoso. Pero siempre era mucho mejor de lo que ganaría en su país. Seguramente con ese escaso sueldo tendría que hacer magia para multiplicarlo y enviarlo a sus hijos o sus padres, que esperarían ansiosos el dinero de la Tierra Prometida.

Olivia sintió cierta pena por ella. Parecía triste y apocada. El metro no era un lugar seguro a esas horas. Ya pocas cosas eran seguras en la ciudad.

Uno de los chavales dijo algo sobre los *payoponis* y un pequeño consejo sobre lo que debía hacer esa pobre mujer escondida en el asiento. Olivia se levantó en cuanto vio que la mujer bajaba la cabeza en un acto de cobardía y supervivencia.

—¡Dejad de insultar a esta mujer y dormid la mona, panda de capullos! ¡Si no sabéis mearla, no bebáis, joder!

Los chicos la miraron con asombro pero al momento soltaron estruendosas carcajadas. Olivia sacó la pistola y les apuntó con descaro.

—Ya estáis bajando vuestro culo apestoso en la siguiente parada, si no queréis tener más agujeros por donde echar la mierda, cabrones.

La anodina voz femenina del metro que anunciaba las paradas inundó el vagón. Los chicos se bajaron corriendo, tropezando unos con otros y dejando entrever un pánico inadecuado en ellos. Ya en la lejanía, cerca de las escaleras, uno de ellos le dedicó un dedo corazón como insulto.

Olivia enfundó el arma y suspiró. Estaba harta de tanta desigualdad. Los jóvenes se emborrachaban y la liaban, y era más fácil reírse de los más frágiles cuando uno estaba con la pandilla, cuando uno pertenecía al horriblemente mal llamado primer mundo. Eran unos cobardes que lo tenían todo y eso era muy peligroso.

Se acercó a la mujer, que seguía agazapada en el asiento y bajó su rostro para mirarla a los ojos.

—Es peligroso ir en el metro a estas horas. Tome, por si acaso.

Olivia le acercó su espray de pimienta que sacó del bolsillo. Era un objeto habitual en sus pantalones, pero aun así se desprendió de él. La mujer lo cogió con desgana, como si supiera de antemano que nunca lo utilizaría, a pesar de saberse en inferioridad de condiciones. No dijo nada. Tal vez ella también la había intimidado.

Olivia escuchó el tono monocorde y, muy a su pesar, ciertamente voluptuoso de la voz de mujer del metro anunciando la parada de Sol y bajó con paso rápido.

La luz del alba iluminaba ya las calles. La jungla comenzaba a mostrar otro aspecto diferente, menos canalla y pendenciera. Pero también más claustrofóbica y abúlica. Agosto en Madrid era como una cápsula en un horno gigante.

El hostel Baganville estaba rodeado de vehículos policiales. Algún viandante curioso se detenía por un momento

a cotillear, pero enseguida retomaba el camino al notar la mirada imperativa de los policías que custodiaban la entrada.

Oliveros fumaba en la puerta. Su camisa de manga corta negra, un tanto anacrónica, desabrochada hasta el tercer botón, su silueta delgada en exceso y su barba sempiterna de varias semanas, lo delataban.

—Joder, compañera, has tardado un huevo. El fiambre debe estar ya putrefacto.

—Todos lo están, Oliveros, despierta. ¿Has podido indagar algo?

—Sí. Al parecer se trata de un tío de unos cuarenta y cinco años. Había quedado aquí con una tía para echar un polvo.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos lo ha dicho la chica de recepción.

—¿Casado?

—No lo sabemos.

—¿Se lo ha cargado la tía del polvo?

—No lo sabemos.

—¿Has subido?

—No, están los de la científica. Te estaba esperando para interrogar a la recepcionista, que se marcha en breve, por lo que me ha dicho en una hora termina su turno. Al parecer hay cámaras en la entrada.

—Dame una calada y vamos.

Oliveros le pasó el cigarro y Olivia aspiró el tabaco con ansiedad. La borrachera estaba dejando paso a una potente resaca.

—Vaya cara llevas, estás hecha un poema, ¿te ha dado tiempo de mirarte al espejo?

—Oliveros, métete en tus asuntos. Tampoco tú te has visto antes de salir de casa, ¿verdad?

—¿Te has vuelto a tirar a González? —preguntó su compañero con ironía.

Olivia no contestó. Tiró el cigarro con desdén y entró en el vestíbulo del hostel. No sabía por qué, pero cada vez que escuchaba ese apellido, una corriente eléctrica le traspasaba el pecho. No lo quería, ella nunca había querido a nadie, pero cada encuentro amoroso había sido adictivo. Necesitaba su olor, sus caricias, sus dedos en...

Demasiado para su terco empeño en no terminar en pareja, como todo el mundo.

Oliveros fue detrás de ella echando exabruptos por la boca hasta que consiguió ponerse a su altura. Volvió a retomar su paso chulesco a pesar del resuello.

—¿En qué habitación ha sido? —preguntó Olivia, que lo vio llegar por el rabillo del ojo y también lo escuchó maldecir.

—208, planta segunda, pero espera que terminen los de la científica. Está el gilipollas de Sanz y me ha recalado que vayamos haciendo otras gestiones, que ahora solo deben trabajar ellos.

—Oliveros, qué mal gestionas tu humor perruno.

Llegaron a la segunda planta por las escaleras. El hostel era un lugar viejo y descuidado, y se dejaban ver desconchones y manchas de humedad en las paredes. El papel decorativo mostraba unos dibujos pasados de moda y unos cercos negruzcos a causa de la humedad.

—¡Vaya lugar para echar un polvo! —dijo Olivia con asco.

—Este es el lugar preferido de los tíos casados. Es barato y no piden la documentación, si pagas bien no te anotan en el libro registro. El hostel del polvo. Anónimo y discreto.

Olivia lo miró con sorna. Sabía que su compañero solía disfrutar de la compañía de las meretrices, bueno, lo sabía todo el mundo, pero cada vez le importaba menos ser juzgado como un putero. Había tenido un problema en el trabajo precisamente por una prostituta que lo había denunciado por abuso sexual en una intervención. Desde aquello, se había relajado un poco en su disoluta vida, su mujer lo había plantado y había sufrido las consecuencias en su ex-

pediente laboral, pero Olivia sabía que seguía frecuentando ese mundo. Nunca había averiguado si aquella denuncia había sido un fraude o no. Nunca le había preguntado.

Tuvieron que sortear los maletines de la policía científica hasta llegar a la puerta de la habitación. Siempre hacían un despliegue importante de materiales, parecían estar siempre de mudanzas.

Un ligero olor a muerto se desprendía por la rendija, el calor era el gran culpable.

—¡No paséis, no hemos terminado aún! —gritó Sanz desde dentro. La puerta estaba entornada, pero Olivia introdujo la cara.

—Solo venimos a que nos deis información. ¿Hay algún indicio importante? —dijo Olivia maldiciendo su dolor de cabeza y el asqueroso olor a muerto. Su trabajo no estaba bien pagado.

El compañero de Sanz, del que no sabía ni su nombre, salió para abrir del todo la puerta.

Olivia vislumbraba los pies del cadáver desde allí, que extrañamente llevaba calzado. Podía ver también la sangre que se desplegaba por la sábana.

—Toma, el DNI y su teléfono móvil. Parece ser que hay cámaras en la entrada, así es que igual podéis echar un vistazo a la puta con la que había quedado. Y la recepcionista también os podrá contar alguna cosa más.

Olivia miró la foto del DNI. Eran todas iguales: serias, formales, neutras. No se podía indagar sobre la personalidad del portador del documento porque las fotos eran demasiado imparciales. La víctima era un hombre bastante normal, con entradas en la cabeza, como pequeños deltas, y nariz pequeña y bien moldeada. Un español medio, como muchos. Ni guapo ni feo. Ni joven ni viejo.

—¿A qué se dedicaba este buen hombre?

—Era representante de lacas —respondió ya desde el interior el compañero de la científica.

—Vamos abajo a hablar con la recepcionista. Si hay algo interesante nos contáis luego.

Olivia cogió a Oliveros del brazo y bajaron de nuevo hasta la entrada. La recepcionista comía un chicle con descaro y los miraba con cierto aire de superioridad apoyada en el mostrador pegajoso de la recepción. Olivia suspiró.

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: Camino Díaz Bello, 2019

© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2020

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-9743-907-7

DL: L 245-2020

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.